



¿Trastornos periódicos? MELISANA le da bienestar

Este sedante casero es un extracto concentrado de plantas medicinales. Por eso calma y tranquiliza de forma natural e inofensiva. Con sólo dos cucharaditas de MELISANA en un poco de agua azucarada usted se sentirá mejor. Aproveche esta manera fácil para cualquier malestar.

MELISANA

EL EXTRACTO QUE ALIVIA Y CONFORTA



CPS. 519



Muy adecuado para el trabajo en casa, en la oficina o en la Universidad, este modelo presentado por NERVA y realizado en Ban-Lon, es fácil de lavar y adaptado a las exigencias de la moda actual. Es un jersey rojo, de manga raglán y escote a caja, con manga larga, que proporciona un aire muy juvenil.

Número total de Festivales	60
Número total de espectáculos	654
Cálculo aproximado del total de espectadores	2.000.000

TEATRO DRAMÁTICO

Principales compañías. Obras y número de representaciones.

COMPañIA «LOPE DE VEGA». Dirección: José Tamayo

Actuó en quince capitales de provincia y en otras ocho ciudades.

Número de representaciones:

«El caballero de las espuelas de oro», de Casona	25
«Colígula», de Camus	13
«Julio César», de Shakespeare	9
«El sombrero de tres picos», de Juan I. Luca de Tena	8
«El gran teatro del mundo», de Calderón	3
«La dama del alba», de Casona	1

COMPañIA DEL TEATRO ESPAÑOL. Dirección: J. L. Alonso

Actuó en ocho capitales de provincia y en otras cuatro ciudades.

Número de representaciones:

«El caballero de milagro», de Lope de Vega	13
«El sueño de una noche de verano», de Shakespeare	12
«Los verdes campos del Edén», de Antonio Gala	8

COMPañIA TEATRO DE ARTE. Dirección: Cecilio Valcárcel

Actuó en cuatro capitales de provincia y en otras cuatro ciudades.

Número de representaciones:

«El niño de su mamá», de Alfonso Paso	6
«Panorama desde el puente», de Arthur Miller	6
«Hombre nuevo», de José María Pemán	5

El resto de las compañías, en su mayor parte de carácter no profesional, están vinculadas a actos culturales —fuera del ámbito estricto de los Festivales— o a representaciones de la localidad o comarca en que trabajan esporádicamente. De este tipo son diversas participaciones con una sola actuación.

HABIA que comenzar por transcribir estos datos. Y, a partir de ellos, plantearse seriamente la relación entre el teatro y la cultura popular a través de los Festivales de España. En Málaga, coincidiendo con el último de los Festivales, se ha celebrado una asamblea a la que he asistido como observador. Durante tres largas sesiones, he oído a los alcaldes, delegados provinciales de Información y altos cargos del Ministerio de Información y Turismo, debatir los problemas que plantea lo hecho y lo que habría que hacer. La asamblea ha tenido, al margen de las demás consideraciones, un valor: no ha sido una asamblea «dirigida». Lo que en Málaga se ha dicho marca exactamente cuál es la actual posición del Estado y de las corporaciones y entidades paraestatales respecto del teatro como instrumento de educación popular. Comentaré diversos puntos de un tema que cabe considerar básico en las posibilidades de reestructuración y saneamiento de la vida teatral española.

Si el subsecretario de Información hubiese dicho el primer día lo que afirmó al finalizar la última sesión, es seguro que habría sido tachado de pesimista. Paso a paso, sin embargo, y aun dentro de la euforia general de la asamblea, sus palabras habían llegado a ser imprescindibles: «La ayuda estatal al teatro es limitadísima... Los créditos que el Estado presta al teatro son bajos, y, como sabréis, se sacan del cine. Para la Dirección General de Cine y Teatro sería un sueño llegar a disponer de 15.000.000 de pesetas durante el próximo año... Con 14 funciones semanales, sin haber conseguido siquiera la reducción de billetes de la Renfe, insuficientemente apoyadas, las compañías están en mala situación. Habrá que hacer algo más para arreglar el teatro...». Tales consideraciones, absolutamente sensatas e incuestionables, eran el resultado de una meditación colectiva que, lógicamente, había llevado a la ampliación del tema de los Festivales. Porque de los Festivales, en un orden mínimamente riguroso, no es posible hablar sin referirse a la vida cultural —y, en este caso, vida teatral— de nuestras capitales de provincia durante todo el año. Y, llegados a ese punto, no parece posible fundamentar ningún optimismo: el teatro no es en España un medio habitual de educación popular. Repásese nuestras capitales de provincia una a una; considérense cuáles son las obras y el nivel de las representaciones de sus temporadas; pensemos en el número y condición social de los espectadores. ¿Y qué significan, en la mayor parte de nuestras ciudades, dos o tres representaciones teatrales, aun suponiendo que fueran excelentes y de títulos oportunos, con ocasión de los Festivales?

Cierto que hay una ley de protección al teatro privado que cumple con una serie de requisitos; cierto que tenemos en Madrid dos teatros nacionales; y que uno de ellos, el María Guerrero, desplaza ahora su compañía titular por varias capitales de provincia. Pero, seguramente, los términos de la ley no son lo bastante eficaces, ni las subvenciones y funcionamiento de los teatros nacionales todo lo deseables que su importantísima misión exige. Veamos los resultados en bloque. Dejemos de pensar en el dato concreto confortable. Lleguemos a una de nuestras ciudades un día cualquiera del año y preguntemos qué película «echan» en el Teatro Principal. Veamos quiénes forman, salvo la excepción de la Fiesta Local, el 99 por ciento del público. El problema es muy viejo. Basta leer los artículos ya clásicos

MÁLAGA: ASAMBLEA DEL CONSEJO DE FESTIVALES DE ESPAÑA

EN BUSCA DE
UN ARTE GRANDE,
LIMPIO
Y POPULAR

Por JOSE MONLEON

Entre los diversos escenarios elegidos por los Festivales de España, ninguno en mejores condiciones para cumplir sus funciones que éste del Parque de Castrelos, de Vigo, donde millares de personas ocupan el amplio graderío de acceso gratuito.



de Benavente y Unamuno a comienzos de siglo, sobre la distancia que separaba al pueblo del teatro. Acortarla es una cuestión difícil, que exige revisiones profundas en el corazón de nuestras estructuras, inalcanzables a partir de la simple generosidad económica ocasional. Cuando en la asamblea de Málaga comenzó a postularse un teatro para los productores, un teatro para los niños, un Teatro Nacional Universitario, o la construcción de teatros y auditoriums, o la celebración de Festivales en invierno, los asambleístas se acercaban, sin duda, al fondo del problema. Habría valido la pena dedicar una sesión o dos más para hacerse la siguiente reflexión: Si casi todos creemos que hay que hacer tal y tal cosa, ¿por qué no la hacemos? Desde mi modesta silla de observador, más de una vez tuve la impresión de que quienes hablaban no caían en la cuenta de que en sus manos estaba la posibilidad de que se abrieran camino muchas de las cosas por las que clamaban. Una breve polémica entre las representaciones de Santander y Barcelona me pareció que precisaba los dos estadios de la cuestión: para unos, resultaba evidente que el «derecho» popular comportaba una obligación de los rectores del bien común; para otros, lo del derecho estaba igualmente claro, pero la cosa se quedaba ahí. De buen grado atenderían este derecho «si no les costase dinero».

Yo creo que lo mejor de la asamblea de Festivales ha sido su aproximación al problema total. No habrá en nuestras provincias, en nuestra tierra, una cultura popular mientras no se abra paso a una concepción de lo político igualmente popular, dándole a la palabra pueblo su sentido más unitario y menos demagógico, es decir, su valor de sociedad sobre estructuras «al nuevo nivel exigido por el auge de la economía y de la técnica, las necesidades de la justicia social y las exigencias de una mejor distribución lo mismo de los bienes materiales que de los bienes culturales y espirituales».

Veamos las obras de la lista de Festivales del 64. Con mucho, la más representada es «El caballero de las espuelas de oro», de Casona. ¿Por qué? No es posible dar una respuesta totalmente satisfactoria. Se trata de una pieza cuyo estreno en un teatro privado de Madrid estaba más que explicado, nos guste mu-

cho, poco o nada su autor. ¿Pero, en Festivales? ¿Cuáles son sus conexiones con las actuales necesidades de los destinatarios, siquiera teóricos, de los Festivales? Porque yo creo que en esto andamos equivocados. Creemos que la cultura popular es, simplemente, la cultura de cada día puesta en la plaza pública. Y no es así. La cultura popular ha venido siempre propuesta por esa misma plaza; su raíz está en el pueblo. Y si hoy esto suena vagamente entelequial y tópico, la culpa no es, en ningún caso, del pueblo en silencio. A la plaza hay que ir a despertar y escuchar, integrados en la gran unidad popular. ¿Y qué puede hacer nuestro teatro, de naturaleza raquítica, nacido de la dudosa demanda del «público» madrileño? ¿Qué pintan las «palabritas bonitas» en esas pocas noches en que un hombre decide sentarse en la silla de enea «para ver la función de teatros»? ¿Para qué futuros se le gana?

Y, ya por debajo de las obras de Camus, Shakespeare o Calderón, que figuran en la lista, ¿por qué Paso y Pemán? Es difícil, imposible, ver en «El niño de su mamá» una victoria de la educación popular.

Para el 65 las cosas pueden ir, en cuanto a títulos, peor. El Español ha empezado con mal pie, y Enrique Llovet tenía toda la razón cuando calificó a su anunciado repertorio como «teatro de museos». ¿Qué tiene que ver «El abuelo», de Galdós, por ejemplo, con las masas populares que llenan los estadios deportivos del 64? ¿O «Reinar después de morir»? ¿O cualquiera de los otros títulos que se mencionaron en Málaga? Entiendo que la Dirección General de Información debe plantearse, con urgencia, el problema de la creación de un Teatro Nacional Popular. Una compañía, en suma, que trabaje en relación con los supuestos sociales de los Festivales: público y precios. Una compañía atenta a los temas que interesan a ese público, a las formas escénicas que clarifiquen la comunicación dramática, y a la necesidad de la perfección a poco dinero. El Estado ha de hacer, evidentemente, el sacrificio económico que posibilite tales supuestos.

Creo que es absurdo que los innegables esfuerzos puestos en juego en la organización de los espectáculos dramáticos de los Festivales —al margen de

SIGUE

rapid ¡La sensación fotográfica!



ISO RAPID I
la cámara económica al precio de **Ptas. 998,-**

Ahora también en estuche-regalo con todo lo preciso para hacer bellas fotos ya durante las fiestas.

Contiene:

- 1 cámara ISO RAPID I con estuche.
 - 1 flash ISO con pila.
 - 5 bombillas AG 1
 - 1 película AGFA ISOPAN ISS-RAPID
- Ptas. 1.495,-

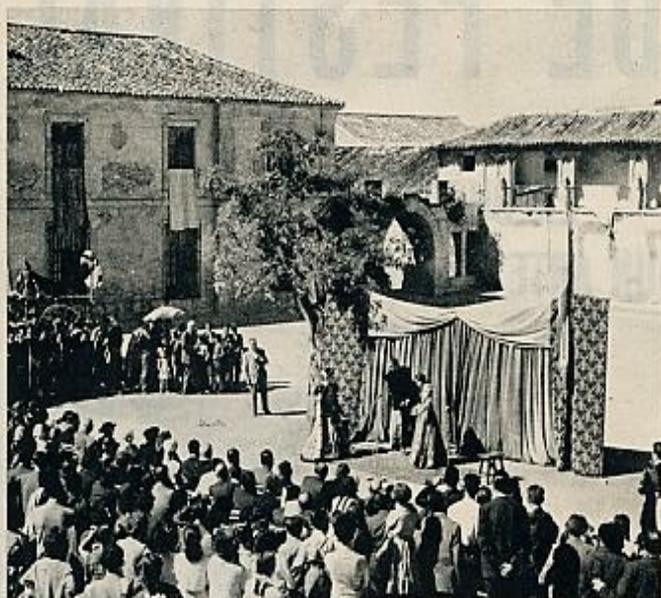


PRODUCTO DE AGFA-GEVAERT AG



... y la película se enhebra automáticamente

MALAGA: ASAMBLEA DEL CONSEJO DE FESTIVALES DE ESPAÑA



La foto fue hecha en una pequeña plaza aldeana. Allí, sin ningún aparato, se levantó el tinglado, y las gentes acudieron con sus sillas. Se representaba un entremés de Cervantes. ¿Qué pensaría, qué aprendería aquel público?

esa necesidad de revisar y enriquecer la política teatral en las ciudades, siquiera las más importantes, a lo largo del invierno— estén supeditados al juego teatral madrileño. Un teatro que intentase alimentarse del pueblo no hay duda que, además de cumplir con sus fines de cultura popular, estimularía con fortuna nuestra pobre blandenguería dramática ciudadana. Las voces de Valle Inclán siguen en pie. Más que llevar nuestras recetas a la plaza popular, lo que necesitamos es que venga de allí un «bárbaro» unanímiano y acabe con tanto perifollo. De donde se deduce que el concepto de Teatro Popular es un concepto vivo, caliente, que no podemos llenarlo sin zambullirnos de un modo constante, y comprometido, en la total realidad popular española. Un Teatro Nacional Popular, un Teatro Nacional Universitario, la definitiva y ampliada organización del actual y prometedor Teatro de Juventudes, he aquí los elementos imprescindibles —junto a los teatros de sector o municipales— para empezar a formularse la gran problemática de la Cultura Popular a través del teatro. Esto y que los Español y María Guerrero no tengan un segundo en blanco.

En la asamblea se planteó una cuestión importante. Hay ciudades que pierden dinero con los Festivales: son las más. Hay otros municipios, en cambio, que lo ganan. Concretamente: Vitoria dedicó alrededor de cuatrocientas mil pesetas de su presupuesto municipal a Festivales. San Sebastián, en cambio, obtuvo un beneficio de cerca de seiscientos mil. Este es un punto que debería revisarse, porque, en la medida que deja en pie márgenes de pérdidas o ganancias, determina, automáticamente, una perniciosa actitud empresarial en los ayuntamientos. Se hacen Festivales porque se tiene conciencia de que es un servicio público, pero con la «esperanza» de que no cuesten dinero. Sería quizá más lógico que tratándose de un derecho de todos los españoles, costase exactamente el mismo dinero en todas partes. Esto puede suponer fastidiosos cálculos sobre las riquezas y población de los municipios. Pero no comprendo por qué el español de San Sebastián ha de ser distinto al de Murcia o Pamplona, donde no hubo Festivales en el 64. Yo creo que éste es otro punto en el que los propósitos están frenados por las estructuras. Por las disposiciones legales. Por los viejos hábitos. Las palabras que oí en Málaga eran una toma de conciencia de la contradicción.

He procurado mantenerme dentro de los límites de las reflexiones inmediatas suscitadas por la Asamblea del Consejo Nacional de Festivales de España. Me he circunscrito al terreno del teatro dramático, pero el número de espectáculos testifica que la actividad de los Festivales comprendió otros varios capítulos. En cada uno de ellos cabe hacer consideraciones críticas específicas.

Importa que el trabajo vaya adelante, sin las adulaciones de los críticos de las ciudades —que suman su benevolencia habitual al hecho de juzgar un espectáculo presentado «oficialmente»—, ni las viejas ideas sobre la generosidad de toda atención a lo popular, contando con el esfuerzo y la opinión de todos. Porque, en definitiva, volveremos a tener un teatro grande y limpio cuando recibn del pueblo —de todos— su razón de ser.

J. M.